

seno de vuestras familias algunos de los virtuosos salvadores de las vidas de sus enemigos, enjugad las lágrimas tristes acordándoos de la gran parte que teneis por vuestro dolor y vuestras pérdidas en la gloria de vuestra patria, y del grande ejemplo que han sembrado en ella los magnánimos perdonadores de las mayores ofensas, ocupando el resto de vuestras vidas en gozar los dulces frutos que brotan hoy á tropel de la sangre y de las virtudes que se derramó y se desplegaron en el dia 2 de mayo: el tiempo le hizo preceder de doce años al venturoso 9 de marzo de 1820; pero mi pluma os trazará este hijo de aquel padre muy en breve, y tendreis la satisfaccion de verlos íntimamente unidos, y de entonar himnos á la borrasca deshecha que nos trajo la serenidad imperturbable; mas antes es menester ensalzar todavía el respeto de los habitantes de Madrid en el 2 de mayo, y derramar muchas lágrimas sobre su horrorosa noche.

¿Quién hubiera podido imaginar que un pueblo indignamente irritado, con las armas en la mano, teñidas ya en la sangre de sus enemigos, hubiera sido capaz de recibir impresiones de moderacion? Solo el que supiese lo que á la vista del bien amado Fernando hizo el pueblo de Aranjuez cuando conducia su

víctima al sacrificio. Los gefes franceses que vieron convertido en una guerra formal el ensayo que destinaron á infundir el desaliento para cimentar la esclavitud, no encontraron otro medio para salir del apuro, que el de forzar á los magistrados supremos á salir en union con ellos á intimar la pacificacion al pueblo; y aunque aquellos venerables ancianos circundados de guerreros debian añadir por un orden regular estímulos á la indignacion para vengar injurias hechas á la autoridad, los ecos trémulos de sus voces hicieron caer las armas á sus pies, y pusieron término á unos males que iban á ser espantosos con una hora mas de duracion, porque ya los habitantes de los pueblos circunvecinos se aproximaban inflamados para unirse con sus valientes hermanos. El hombre dominado de una pasion no escucha ordinariamente los dictámenes de su propia razon ni los consejos agenos, y se deja arrastrar de ella hasta caer en el precipicio á que le conduce, no habiendo por consiguiente empresa mas dificil que la de refrenarle. ¡Cómo pues tantos y tantos hombres y mugeres, todos á cual mas exaltados, y no como quiera, sino por el objeto mas digno á impulsos del amor mas puro, y para vengar ofensas las mas imperdonables, pudieron ser tan dóciles, tan reflexivos, y tan gran-

des que á la sola voz de una autoridad tan injuriada como ellos mismos, hieiesen un tránsito repentino de la exaltacion á la calma , de la venganza á la prudencia, y del furor al respeto! Estos no son fenómenos políticos que se puedan analizar por la comparacion con los sucesos de otras naciones y de otros tiempos; son espectáculos grandes de la naturaleza; son lienzos en que con figuras animadas hizo el Criador Eterno ostentacion de su poder y de su liberalidad en una nacion predilecta que empezó entonces á conducir á fuerza de prodigios por los fragosos caminos de la virtud para elevarla con el tiempo al punto de gloria en que hoy la ha puesto: sí, amados compatriotas míos, tanto valor, tanta piedad, tanta moderacion, tanto respeto en tantas gentes en ocasion de tantas injurias, no están en la esfera de los sucesos ordinarios, y es bien lisonjero para nosotros el haber de buscar su origen en los decretos de Dios, mas que siquiera se nos mofe la impiedad, ó insista la jactancia enemiga en atribuirlo todo á la casualidad, llegando hasta el exceso de apropiarse el mérito de la pacificacion de un pueblo á quien hubiera podido destruir, mas no sin envolverse entre sus ruinas; no, lectores, no eran capaces de tanto los que en la trágica noche de aquel dia triunfal sacia-

ron su venganza en tanta sangre inocente.

Si puede quedar todavía alguna duda en orden á quiénes fueron los autores del 2 de mayo, y por quiénes quedó su gloria, vuelva el hombre imparcial los ojos á su espantosa noche, y encontrará la resolución en la sangre que vertieron impunemente en su obscuridad los franceses mendigando pretextos que ni aun supieron aparentar para disfrazar su venganza. Cuando recorrieron las calles en union con los magistrados españoles publicaron en voz mal segura un bando que oyeron pocos, imponiendo pena de la vida á los que despues de la pacificación fuesen encontrados con armas, é inundaron la capital de centinelas que con la mayor aspereza registraban á todos los transeuntes, y conducian al cuerpo de guardia mas inmediato al que hallaban con alguna en un dia en que su misma mala fe obligaba á llevarlas á todos los que ignorasen la publicacion del bando. Así llenaron los cuerpos de guardia de gentes de todas clases, en cuyos bolsillos tropezaron casualmente con una navaja, un cortaplumas, unas tijeras, sin exceptuar ni á los mancebos de barbero por sus navajas de afeitar, ni á los infelices tragneros que venian de fuera con sus recuas, y traían segun costumbre una aguja de enjalmar en las monteras, ni aun á los

esquiladores que llevaban al descubierto las tijeras de su oficio.

En otro cualquiera dia la falta de tantas gentes en sus respectivas casas hubiera podido llamar la atencion general, y excitar algun movimiento; mas en aquel dia de confusion y de espanto todo el que echaba menos á alguno de los individuos de su familia, ó temia que hubiese muerto en la lid, ó que se hubiese ausentado durante la misma, ó que permaneciese oculto en otro parage, y así todos se mantuvieron fluctuando entre el temor y la esperanza, y dando sin saberlo ocasion á que los enemigos vengasen á su salvo afrentas que provocaron ellos, y que el furor no les dejó conocer que se aumentaban, y se hacian eternas con su resolucion.

Al obscurecer el dia condujeron los pérfidos tranquilamente sus inocentes víctimas á los lugares destinados al sacrificio; y cuando los que esperaban con ansia la siguiente aurora para ocuparse en buscarlas, velaban agitados en la mayor altura de la noche, ó se rendian sin querer á un sueño corto y azaroso, un fuego tan infernal como cobarde abrió mil bocas en sus pechos y frentes, y fecundó con su sangre el laurel y la oliva que el amor de la Patria habia plantado en la mañana en todos los ángulos de Madrid para

coronar sucesivamente en la corta revolucion de doce años á diez millones de descendientes de los que preservaron la independenciam española del poder de los cartagineses, de los romanos, y de los agarenos. Se oyó con el silencio de la noche á largas distancias el estruendo; ¿pero quién habia de imaginar que cada tiro costaba la vida de un español inocente, ni que el valor, el respeto y la hospitalidad, renovada en aquel mismo dia cuando volvieron á reunirse en las casas franceses y españoles, habian de recibir esta recompensa por disposicion de los primeros hombres de guerra de una nacion que de mas de un siglo á esta parte aspiraba á ocupar el primer lugar entre las mas ilustradas? Es acaso el primer ejemplar de su especie que presenta la historia, y no basta ciertamente la experiencia y el conocimiento del corazon humano para descifrarle, si no se apela á la rabiosa impresion irresistible que debió hacer en el ánimo de unos hombres tan familiarizados con la sangre, como acostumbrados á la victoria, el haber encontrado una resistencia tan bizarra como generosa en el pueblo que mas despreciaban, porque no le conocian. Era fama en los dias anteriores que temian el cuchillo manejado por brazos vulgares; y es posible que incrementado su terror por la expe-

riencia del dia, fuese el terror mismo la causa impulsiva de una resolución que no previeron que debia afilar otros cuchillos vengadores para no volverse á envainar hasta arrojar de un suelo virtuoso á semejantes monstruos.

No lo fueron todos los oficiales franceses en aquella triste noche, ni lo fue ningun individuo del pueblo frances en los seis años de la esclavitud española; los que escriben para ser creidos han de ser justos, y yo no lo sería si no hiciera en su oportuno lugar esta ingenua confesion que sirve al mismo tiempo de consuelo á la humanidad en una crisis tan dolorosa como la que voy describiendo. Hubo gefes subalternos encargados en la conduccion de las víctimas al Buen-Retiro, y á la montaña del Príncipe Pio, que á ruego de buenos las dejaron dispersar, afectando un descuido que los engrandeció sobre todas sus hazañas militares; los hubo que pusieron en libertad con mil mañosos arbitrios á personas recomendables, ó por consideracion de su mérito, ó en recompensa de su buena hospitalidad, y hubo alguno en fin que conciliando la obediencia con la sensibilidad previno á todos los desgraciados destinados á morir bajo su mando, que á la primera señal de su lienzo se arrojasen al suelo para que los tiros

que habian de partir á la segunda no les hiriesen, y que permaneciesen en aquella apatitud hasta que se retirase su tropa. Estos rasgos de piedad que publicaron las mismas víctimas preservadas por ellos, son ciertamente dignos de eterna alabanza, pero ni enjugar las lágrimas de la viudez, de la horfandad, y de la amistad, ni nos obligan á disimular atrocidades que son solas capaces de hacer creer á nuestra posteridad prodigios que de otro modo miraria como fabulosos. Las almas grandes solo se conmueven por los grandes sucesos, no acuden mas que al remedio de las grandes necesidades, y no conocen límites en la esfera de su poder cuando las llaman en su auxilio la inocencia y la virtud atropelladas por la perfidia y el crimen. Este es el orden prescrito á la naturaleza por su Criador: al lado del veneno nacen las yerbas de que se compone la triaca, en el seno de la afliccion despunta siempre la raiz del consuelo, y á las espaldas del monstruo destinado á causar espanto nace el domador que ha de rendirle. En España habia amor de Patria bien reconcentrado, habia ilustracion, habia virtud, y el valor que es inseparable de estas prendas estaba dispuesto á desplegarse si se presentaba ocasion: entraron unos enemigos ambiciosos con el disfraz de hermanos, y se

alarmó la prevision, arrebataron al Soberano y su familia, y se resintió el amor, provocaron á una lucha desigual, y se ostentó la bazaría, vertieron una sangre inocente, y salieron, por decirlo así, de madre rios de virtud que inundaron el territorio español, y dieron á los pechos de sus habitantes la elasticidad necesaria para obrar los prodigios que admirarán á las generaciones futuras de toda la Europa, porque no podrá resistirse á creerlos remontando á la infalibilidad de los principios que los produjeron, aunque formen una época bien triste en la historia de una nacion por otros títulos respetable.

Fue pues vuestra sangre inocente ¡oh primeros invictos mártires de la dulce Patria! el cimiento de la gloria colosal en que hoy nos vemos, y que no está sujeta á la degeneracion como las que nacen de la casual aparicion de hombres grandes en la república de las letras, ó del prestigio pasajero de hazañas que parecen extraordinarias en la de las armas, porque procede y se deriva del despertamiento de unas virtudes rancias que pues brotaron de sus raices en la época mas adelantada de la depravacion de las costumbres generales, no hay que temer que degeneren justamente en la que nos ha puesto delante de los ojos el fruto inapreciable de su cultivo.

Al pie de las urnas donde están custodiadas tan preciosas cenizas (repitiendo expansiones sublimes del gran orador perdido, que si hoy viviera enloqueceria por mil razones) está enganchado el primer eslabon de la cadena que oprime al monstruo en la isla melancólica de Santa Elena. Yo la repito, amados compatriotas, en honor de la memoria de la grande alma que la creó, y ella me conduce como por la mano á concluir la descripcion del dia 2 de mayo con la de su importancia por sus consecuencias.

Dominada la capital del reino, y ocupadas sus principales fortalezas por los disfrazados invasores, arrebatado el Monarca con engaños, y los demas príncipes con la fuerza, y sumergidos todos los habitantes de España en una especie de anarquía de las mas dolorosas por mas irremediables, se encontró la nacion en un estado tal de abatimiento, de languidez y de sorpresa que amenazaba por instantes, ó su disolucion ó su servidumbre; pero á medida que fueron llegando á los pueblos las noticias mas ó menos exactas de lo ocurrido en Madrid en el dia y la noche del 2 de mayo, no pareció sino que un genio consolador ocupando á un tiempo todas las distancias reanimase los corazones de todos los españoles, inspirándoles unos mismos senti-

mientos, y anunciándoles un fruto seguro de los trabajos á que los brindaba. Todos los pueblos rompieron por la instantánea proclamacion del cautivo Monarca, corrieron despues á sus respectivas capitales á ofrecer personas y haciendas, y sus ofertas motivaron la creacion de las juntas provinciales para aprovecharlas, abandonaron en seguida los arados y los obradores para aprender el ejercicio militar que fue por algun tiempo la única ocupacion de todos los españoles, y juraron por último en el fondo de sus corazones no dejar las armas de la mano hasta vengar las injurias hechas á toda la nacion en su Rey y en los habitantes de la capital. No juraron morir ó vencer, sino vengar agravios; y he aquí, lectores, sancionada en el seno mismo de la impotencia la seguridad de la victoria, que eleva este juramento á un grado de altura á que no llegó ciertamente el de los gloriosos Numantinos, ni tal vez otro alguno de los que hicieron los pueblos en su mas justa efervescencia, porque la resolucion de morir ó vencer es hija del conocimiento del propio valor, y de la fuerza agena, pero la de vengarse de opresores injustos en la mayor fuerza no puede serlo sino del convencimiento del imperio de la virtud contra los esfuerzos de la soberbia en la defensa de una causa justa.

La España se convirtió repentinamente en una nación militar; los hombres de opinion fueron puestos por la voluntad general al frente del mando político y militar de las provincias aisladas por las maniobras de los franceses, los hombres de caudal abrieron sus cofres, las mugeres entregaron sus queridos adornos, los jóvenes abandonaron á sus padres, los ancianos se lamentaron de su vejez, los soldados se reunieron á sus cuerpos, los gefes de la milicia se encargaron del mando, y todos se creyeron con suficiente representacion y derecho para hacer alianzas y buscar la proteccion de la nacion inglesa, que supo apreciar tan heroicas resoluciones y protegerlas con toda especie de auxilios, incluso el de la sangre de sus naturales.

Si de esta generosa fermentacion nació aquella persecucion infatigable que aisló á los enemigos mal seguros en el terreno que pisaban, los cuerpos francos que los batió continuamente en detalle, el gobierno representante que dictó entre el estruendo de las armas la misma ley que hoy vemos con tanto placer restablecida, y los ejércitos organizados que arrojaron al usurpador y á sus ya aterradas huestes del suelo español, y vencíéndolas despues en el suyo propio, reconquistaron al querido sucesor del trono de San Fernando,

y proclamaron los primeros al que debia ocupar legítimamente el de san Luis; y si la triste situacion á que desde un principio redujo el entusiasmo español á los franceses y las victorias campales que consiguió despues contra ellos, desengañaron á la Europa de que Napoleon no era invencible, y de que caminaba directamente á su ruina todo conquistador que se atreviese á irritar á una nacion celosa de su independenciam y de su gloria, ¿quién se atreverá á negar que la grande alianza tenida hasta ahora en política por imposible, que trasladó los hombres del Norte al Mediodia para encadenar al perturbador del orbe, y dar la paz á la Europa, se debió al hermoso desengaño de España?

He aquí pues demostrada la importancia de este gran dia en que un ensayo feroz empezado en la plazuela de Palacio puso las armas en las manos de todos los españoles para no dejarlas hasta reponer triunfante al Rey en el mismo, y para despertar á la Europa del letargo en que yacía, y hacerla conocer que tenia sobradas fuerzas para destruir á un usurpador, y para fijar la paz general del Continente. Todas las naciones han procurado inmortalizar ya sus hazañas gloriosas con monumentos públicos que el amor de la patria ha conseguido elevar en cortos plazos, y solo es-

tamos sin él nosotros, aunque por decidida voluntad del Rey debiéramos tenerle ya tiempo hace en el templo; existen en él las urnas de Daoiz y Velarde y la que contiene los restos que pudieron exhumarse de las demas víctimas, y se nos presentan una vez en cada año á renovar memorias de dolor, ¿no será ya razon que ocupen el lugar que las corresponde á expensas, si necesario fuere, de sus agradecidos conciudadanos? Me atrevo á asegurar que todos lo desean, y estan dispuestos á contribuir, según sus fuerzas, á perpetuar la memoria de los primeros héroes mártires de la independencia y de la gloria nacional.

Dia 1.º de agosto de 1808.

El caracter de un pueblo, así como el de un particular, se releva tanto mas, quanto mas repetidas son las acciones que le dan á conocer, porque si en las ocurrencias en que puede distinguirse median circunstancias extraordinarias capaces de inclinar el juicio á creer que las acciones fueron hijas de ellas, no se pueden atribuir á la índole los efectos